

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:
EL CATECISMO MENOR
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 44:
ESCAPANDO DE LA IRA Y MALDICIÓN DE DIOS:
FE SALVADORA
Preguntas 85 y 86



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86**
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

44 LECCIÓN

ESCAPANDO DE LA IRA Y MALDICIÓN DE DIOS: FE SALVADORA

P. 85. *¿Qué requiere Dios de nosotros para que podamos escapar de su ira y maldición que merecemos por nuestro pecado?*

R. Para escapar de la ira y la maldición de Dios que merecemos por el pecado, Dios requiere de nosotros fe en Jesucristo, arrepentimiento para vida, con un uso diligente de todos los medios externos por los cuales Cristo nos comunica los beneficios de la redención.

P. 86. *¿Qué es la fe en Jesucristo?*

R. La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual recibimos y confiamos únicamente en Él para salvación, tal como se nos ofrece en el Evangelio.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 44:

En la última lección, se nos recordó cómo pecamos y lo que cada uno de nuestros pecados merece. La realidad del infierno, el justo castigo de Dios contra los pecadores, es una verdad muy solemne. Dios necesariamente debe castigar el pecado. Él es bueno y justo y no tolerará ninguna infracción de su ley, buena, santa y justa. Sin embargo, como ya hemos visto en nuestro estudio del *catecismo*, y como lo enseña claramente la Biblia, existe la verdad bendecida de que

Dios salva a los pecadores. Ya hemos considerado esto hasta cierto punto, por supuesto, que Dios ha enviado a su Hijo, Jesucristo, y Jesucristo es el que ha hecho el pago por los pecados de su pueblo.

Así que, nuestra lección de hoy considera lo que Dios requiere de nosotros para escapar de su ira y maldición. En nuestra lección, veremos dos preguntas, 85 y 86. La pregunta 85 destaca las tres preguntas siguientes, por lo que sólo la comentaremos brevemente, ya que sirve de introducción a las otras tres preguntas. La mayor parte de la lección la dedicaremos a la pregunta 86.

La pregunta 85 dice: «¿Qué requiere Dios de nosotros para que podamos escapar de su ira y maldición que merecemos por nuestro pecado?». Simplemente recuerda que la ira y maldición que vendría sobre nosotros es lo que merecemos, por nuestra culpa. Bien, la respuesta es: «Para escapar de la ira y la maldición de Dios que merecemos por el pecado, Dios requiere de nosotros fe en Jesucristo, arrepentimiento para vida, con un uso diligente de todos los medios externos por los cuales Cristo nos comunica los beneficios de la redención». Ahora, hay mucho en esta respuesta, pero recuerden, esto está enfatizando las tres preguntas siguientes, una de las cuales, consideraremos en esta lección. Esto nos da, en cierto sentido, un adelanto de lo que viene en las preguntas 86, 87 y 88. La pregunta 86, que estudiaremos aquí, explica lo que es la fe en Jesucristo. La pregunta 87 explica lo que es el arrepentimiento para vida. Y la pregunta 88 identifica los medios externos por los cuales Cristo nos comunica los beneficios de la redención, los medios de gracia.

Lo anterior lo estudiaremos en su debido momento, pero antes de pasar a la siguiente pregunta, observemos de manera sencilla los dos puntos siguientes de esta primera pregunta. Primero, Dios ha designado por gracia una vía de escape de la ira y la maldición que merecemos por nuestro pecado. Este es un gran testimonio de su gracia y bondad. No hay ninguna obligación para Él de hacerlo. Es una gracia concedida. Alabado sea Dios porque ha hecho un camino.

En segundo lugar, observe que la vía de escape incluye «la fe en Jesucristo, el arrepentimiento para vida y el uso diligente de los medios de gracia». Ahora, como se ha mencionado, nos ocuparemos de cada uno de estos en nuestras próximas lecciones. Pero veamos rápidamente que estas no son cosas que hacemos para merecer la salvación. No es que la fe entonces compra, o el arrepentimiento compra, o el uso diligente de los medios compra la gracia de Dios. Cristo ha hecho todo con el fin de ganar la salvación para su pueblo. Estas tres cosas, la fe, el arrepentimiento y el uso diligente de los medios, son el camino de gracia por el cual Dios nos proporciona a Cristo y nos hace salvos, como veremos más adelante. Así que recuerde, estas no son tres maneras de ganar la salvación, sino más bien, tres maneras en las que recibimos la salvación de Dios.

Pregunta 86, «¿Qué es la fe en Jesucristo? La fe en Jesucristo es una gracia salvadora, por la cual recibimos y confiamos únicamente en Él para salvación, tal como se nos ofrece en el evangelio». Bien, esta es una hermosa y clara declaración de la enseñanza bíblica sobre la fe salvadora. Consideraremos esto en nuestra lección, pero por ahora notemos cómo la fe salvadora no sólo se enfoca en Jesucristo, sino que le recibe y confía sólo en Él para la salvación. Pedro dice, en el libro de los Hechos, que «No hay otro nombre... dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). No hay otro salvador. No es Jesucristo más los santos, o María, o el

Papa, u otros; es sólo Jesucristo quien salva. ¡Oh, que Dios sea entonces quien nos conceda esta fe que recibe y confía solo en Cristo para salvación!

Para esta lección, veremos tres puntos principales: primero, *la fuente de la fe salvadora*; segundo, *la obra de la fe salvadora*; y tercero, *la garantía de la fe salvadora*.

1. *La fuente de la fe salvadora*

Como primer punto, *la fuente de la fe salvadora*. El *catecismo* señala que «La fe en Jesucristo es una gracia salvadora». En general, «gracia» es un regalo. De hecho, se puede encontrar la palabra en el griego traducida de esa manera. Es, en otras palabras, algo no merecido. No es que necesitemos profundizar demasiado en esto; tú puedes notar de manera sencilla que la fe en Jesucristo es un don, un regalo de Dios. Nadie se la ha ganado con sus oraciones, con sus anhelos, con sus lágrimas, ni con sus obras, ni con su diligencia, ni con sus reformas. La fe salvadora es concedida gratuitamente por Dios. Nada de lo que hagamos puede calificarnos para ella. Esto es lo que nos dice la Biblia. Un pasaje que debes memorizar, si aún no lo has hecho, es Efesios 2, desde el versículo 8 hasta el versículo 10. De hecho, valdría la pena que memorizaras todo el pasaje de Efesios 2. Pero observemos especialmente los versículos 8 y 9. Pablo escribe: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe». Notemos, todo esto: gracia, salvación, fe, son regalos de Dios. Para nada se deben a nuestras obras. No es por nada que hayamos hecho. Siempre que uno cree en Jesucristo, es, como Cristo le dijo a Pedro, en Mateo 16 versículo 17, «Bienaventurado eres... porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». El conocimiento y la confianza son dados gratuitamente por Dios desde el cielo. No es algo que podamos generar por nosotros mismos. No es algo en lo que podamos hacernos aptos por nosotros mismos.

Pero no es cualquier clase de regalo. Dios da muchos dones. Concede dones terrenales, incluso a los perversos y a los más pecadores. Cristo recuerda a sus discípulos en el sermón del monte que debemos amar a nuestros enemigos tanto como a nuestros amigos. ¿Por qué? Para que seamos como nuestro Padre celestial, que da cosas buenas incluso a sus enemigos. Él hace caer la lluvia, no sólo sobre los campos de los justos, sino también en los de los malvados. Dios da muchos dones: dones físicos y temporales. Da vida, salud, comida, agua. Da dones que se refieren a cosas espirituales, pero que no son salvíficos. Por ejemplo, en 1 Samuel, capítulo 10 versículo 11, encontramos que el rey Saúl profetizó. Ese fue un gran don, incluso un don sobrenatural. Él ejerció el don que Dios le dio. Sin embargo, Saúl no era un hombre converso. Así como Judas Iscariote, uno de los doce apóstoles, ejerció dones apostólicos, y sin embargo no era un hombre converso. Muchas personas hoy en día reciben muchos dones de Dios, incluso dones religiosos, incluso dones pertenecientes a la verdadera religión. Por ejemplo, tienen la Biblia. Aprenden acerca de Jesús. Aprenden sobre sus pecados. Aprenden sobre el camino de la salvación. Tienen el privilegio de tener un pastor y ancianos y de otros que cuidan de ellos y les enseñan el camino de la verdad. Todos estos son dones concedidos gratuitamente, sin embargo, estos no son, en y por sí mismos, salvíficos. Uno puede saber acerca de la Biblia, uno puede saber acerca de Jesucristo, y acerca del camino de la salvación, todos los cuales son dones valiosos, y, sin embargo, pueden no ser salvos. De hecho, los demonios, como nos dice Santiago en su epístola, conocen muchas verdades sobre Dios, e incluso tiemblan, pero no son salvos.

La fe en Jesucristo, sin embargo, es una gracia salvadora. En otras palabras, es un don de Dios que salva. Cuando uno verdaderamente tiene fe en Jesucristo, tiene un regalo salvífico de parte de Dios. Por supuesto, estamos agradecidos por todos los dones temporales que recibimos, comida para nuestros cuerpos, y descanso, y estamos agradecidos por los amigos y la familia. Todas estas cosas son buenos dones. Estamos agradecidos por nuestras iglesias y por nuestros ministros, que son grandes bendiciones para nosotros. Pero este regalo, es un don que salva. Cuando Dios concede la fe salvadora, concede un don que salva. De esta manera, podemos ver por un momento que, si tenemos cualquier otro tipo de don, pero no este don salvífico, esta gracia salvadora, oh, al final, nos encontraremos en verdad miserables. O podemos decir que lo opuesto también es cierto. Si no tenemos ningún otro don sino sólo el don salvífico, la fe salvadora, entonces al final, nos encontraremos con que somos, de todos los hombres, los más ricos que hay, porque tenemos la salvación en Cristo. Así que, la fuente de este don, esta fe, es Dios otorgándolo gratuitamente a nosotros, no por algo que hayamos hecho o logrado por nosotros, sino otorgado gratuitamente.

2. *La obra de la fe salvadora*

Segundo punto, *la obra de la fe salvadora*. ¿Qué es lo que hace esa fe? El *catecismo* nos dice que cuando uno tiene fe salvadora, recibe y confía sólo en Cristo para la salvación. Esta es una expresión muy importante de una verdad muy importante. Es la esencia, la naturaleza de lo que hace la fe salvadora. La fe salvadora no trae nada más a Cristo, más que un pecador. Entonces, no nos limpiamos primero, sino que nos arrojamos, con nuestros pecados, sobre Cristo que nos salva. La fe verdadera y salvadora entenderá muchas cosas. Sabe sobre el pecado y la salvación. Entiende que Jesucristo es el salvador de los pecadores. La fe verdadera y salvadora tiene conocimiento. Por lo tanto, la fe verdadera y salvadora es instruida, es entendida, se nos ha dado la Biblia, escuchamos sermones, leemos la Biblia, leemos buenos libros. Todo esto nos instruye.

Sin embargo, la fe salvadora tiene más que el conocimiento verdadero. Lo incluye, pero tiene más. La fe verdadera y salvadora también estará de acuerdo con lo que la Biblia dice sobre Jesucristo y el camino de la salvación. Estará de acuerdo en que Jesucristo es el Hijo eterno de Dios encarnado. Estará de acuerdo en que Jesús es el salvador de los pecadores. Estará de acuerdo en que Jesús murió en la cruz, que fue sepultado, que permaneció bajo el poder de la muerte durante tres días; que resucitó; que ascendió al cielo; y que está sentado a la diestra del Padre en gloria; y que vendrá de nuevo en gloria para juzgar a los vivos y a los muertos en el último día. La fe salvadora estará de acuerdo con todo esto. Incluso estará de acuerdo en que Jesús salvará a todos los que le invoquen. Y, por lo tanto, está de acuerdo con esas cosas.

Pero hace más que estar de acuerdo con ellas, porque la fe verdadera y salvadora también confía en Jesucristo personalmente. Esto es lo que hace que la fe sea fe *salvadora*. Te familiarizarás con estas categorías en otras ocasiones a medida que vayas aprendiendo, pero existe lo que se llama una «fe histórica», que simplemente está de acuerdo con las verdades que se enseñan. Pero la fe salvadora no sólo está de acuerdo con las verdades que se enseñan, la fe salvadora confía personalmente en esa verdad, la abraza, descansa en ella y la recibe, como dice el *catecismo*. El *catecismo* dice que la fe en Jesucristo recibe y sólo confía en Él para la salvación. En otras palabras, la fe salvadora no sólo sabe que Jesús es el salvador de los pecadores, no sólo está de acuerdo

en que Jesús es el Salvador de los pecadores, no sólo está de acuerdo en que Jesús me puede salvar, sino que la fe salvadora es aquella por la cual el pecador confía en Jesús como su salvador personal. Verdaderamente, lo sujeta y le dice: «Sálvame».

Enfoca su vista sólo en Jesucristo. Lo recibe y confía sólo en Él; no en los santos, no en sí mismo, no en nadie más, sino en Jesucristo. Observemos esta idea en Romanos 10, versículos 13 y 14. Pablo escribe: «porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?». Notemos, todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Pablo, como puedes ver en versículos anteriores en Romanos 10, indicó que esto tiene que ver particularmente con Jesucristo exclusivamente, así que cualquiera que invoque a Jesucristo. Y esta palabra «invocar» significa «rogar encarecidamente», «pidiendo», «clamando a». Quien sea que le pida. Quien sea que lo invoque, es decir, ruegue a Él, confíe en que lo hará, Jesucristo lo salvará. ¡Qué bendición es esta verdad!

Puede ser que tu estás sentado allí ahora escuchando o viendo esta lección, y necesitas escuchar esto muy claramente. Lo que nos salva es Cristo. Él nos salva. Él nos salva cuando lo invocamos. Y si no le has invocado, aquí está el Señor, por así decirlo, extendiéndote su mano y diciéndote que lo invoques, que clames a ÉL, que confíes en Él, confía en Él para que te salve. Él lo hará.

Notemos, como lo declaran los versículos, para invocar a Jesús, es decir, para tener fe en Él, para recibirlo y confiar en Él, se debe creer en Él. Ahora, a veces esta palabra significa recibirlo y confiar en Él. Pero aquí, significa que debemos reconocerlo, o estar de acuerdo en que Él es el salvador. En otras palabras, para confiar en el salvador, no sólo debemos saber quién es el salvador, sino estar verdaderamente de acuerdo en que es el salvador. Y para estar de acuerdo en que Él es el salvador, deben haber oído acerca de Él, es decir, aprender acerca de Él, por lo cual Pablo dice que es necesario un predicador. ¡Qué bendecida provisión es que haya predicadores en nuestras vidas que nos prediquen a Jesucristo, porque ellos presentan a Jesucristo, el único camino de salvación!

Podemos ver tres requisitos de la fe salvadora. Debe haber conocimiento, saber quién es el salvador. Debe haber acuerdo, estar de acuerdo en que Él es el salvador. Pero también debe haber confianza, depender sólo de Él. En otras palabras, aunque oremos, aunque podamos tener lágrimas, aunque tengamos una convicción profunda, no es la forma de nuestras palabras, no son las lágrimas de nuestros ojos, no es la profundidad ni el detalle de nuestra convicción. Es confiar en Jesucristo. Esa es la fe salvadora. Y cuando confiamos en Él, la buena noticia es que somos salvos.

3. La garantía de la fe salvadora

En tercer lugar, *la garantía de la fe salvadora*. Cuando hablamos de garantía de algo, nos referimos a la autorización, los principios o los fundamentos para hacer algo. Esto responde la siguiente pregunta: «¿Qué derecho tienes para hacer esto?». Podemos preguntarnos: «¿Qué derecho tiene un pecador a creer en Jesucristo?». El *catecismo* presenta esta garantía de forma muy clara, hermosa y fiel, de acuerdo con las Escrituras. Observemos: «recibimos y confiamos únicamente en Él para salvación, tal como se nos ofrece en el Evangelio». El evangelio es la buena nueva de

Jesucristo, el salvador de los pecadores. En otras palabras, la garantía que tenemos para creer en Jesucristo como nuestro salvador personal es la oferta del evangelio.

Aclaremos qué cosa no es esa garantía. Primero, la garantía no es el grado de nuestra convicción. Estamos de acuerdo con que Dios convencerá al pecador para que vea su necesidad de Cristo. Pero no es la duración, ni la profundidad de la convicción lo que nos da garantía a creer. Más bien, es que Dios nos ofrece a Cristo y nos dice: «Cree en Él». Así que, ya sea nuestra convicción profunda o no muy profunda; ya sea por muchos años o por solo una hora, la garantía no se trata de nuestra convicción. El derecho que tenemos a creer en Jesucristo es que Dios dice: «Cree en Él y serás salvo».

En segundo lugar, la garantía no es un sentimiento en nuestra alma. Habrá muchos sentimientos cuando uno llega a la fe. Habrá vergüenza por el pecado y convicción de transgresión. Habrá asombro ante las riquezas que se nos muestran. Todas estas cosas estarán presentes en diversos grados. Pero ninguno de esos sentimientos en nosotros nos da derecho a creer en Jesucristo. No nos acercamos a Dios y decimos: «Bueno, siento una gran convicción». Más bien, decimos: «Porque me ofreces a Cristo, lo recibo». La garantía no son nuestros sentimientos, no importa lo reales, profundos, o lo pequeños que estos sentimientos puedan ser.

Tercero, la garantía no es una señal externa que aparece en las estrellas o en los acontecimientos de nuestro día. A veces la gente piensa: «Bueno, si Dios me va a salvar, quizá me dé una señal: un pájaro pasará volando por mi ventana o alguien gritará mi nombre». La garantía que tenemos, el derecho que tenemos a creer, es que la Biblia nos llama a creer en, y nos presenta a Cristo, y nos dice: «Cree en Jesucristo y serás salvo».

En cuarto lugar, la garantía no es cuánto tiempo llevamos buscando a Dios. Puede ser que hayamos pasado por una profunda y larga temporada de convicción, y que nos hayamos esforzado, leyendo la Biblia, aumentando nuestra lectura, orando, aumentando nuestras oraciones, asistiendo a la iglesia; cada vez que se abren sus puertas, estamos allí para escuchar. Estamos leyendo los mejores libros. Hablamos con otros. Estamos examinando nuestras vidas y hacemos todo lo posible por eliminar ciertos pecados que son evidentes. Y, aun así, nada de eso nos da el derecho a creer en Jesucristo. La garantía es que Dios nos presenta a Cristo y nos dice: «Cree en Él y serás salvo».

Bueno, podríamos seguir, pero confío en que se haya visto y comprendido la idea. La garantía, o el derecho que tenemos de confiar en Jesucristo, no se trata de lo que ocurre en nosotros. No se trata de descubrir que somos elegidos, ni se trata de descubrir señales de que somos escogidos. Nada de eso es nuestro derecho ni la garantía. El derecho que tenemos de confiar en Jesucristo ahora mismo es que Él se ofrece a nosotros como el salvador que nos salvará, ya que él salva a los pecadores. Puedes ver con qué plenitud se nos ofrece a lo largo de la Biblia. No puedo darte todas las referencias a las promesas y el ofrecimiento de Cristo a los pecadores, pero observemos solo algunas para que puedas verlo con claridad. Y mientras lo haces, escucha lo que se anuncia y cuál es el costo para nosotros.

En Isaías 55, versículos 1 y 2, Dios dice: «A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídmeme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura». Sin dinero, sin precio, y, sin embargo, la más valiosa de las bendiciones.

Mateo 11, versículos 28 al 30, Jesús dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga». Los que trabajan, y están agotados y cansados, no deben decir: «Mira todo lo que estoy haciendo». Simplemente deben venir a Cristo y Él los salvará.

Juan 4, versículos 13 y 14, donde Cristo le habla a la mujer junto al pozo: «Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna». Observen: «el que» bebiere del agua que yo le daré, ¿qué tendrá?, vida eterna.

Apocalipsis 3, versículo 20, mientras Cristo reprende a una iglesia que se cree justa, dice: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». ¡Qué bendición! Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré.

Apocalipsis 22, versículo 17, el último capítulo de la Biblia, casi el último versículo de la Biblia, Jesús habla, y nos dice: «Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente». ¡Qué bendición nos da Dios aquí! En cada hoja de la Biblia, Él nos recuerda: «El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente».

¿Lo puedes ver? Dios ofrece a Jesucristo y la salvación gratuitamente a los pecadores. Él dice: «Ven». Dice: «Mira». Dice: «Toma». Dice: «Bebe». Dice: «Abre». ¿A qué precio? ¿Con qué requisitos? Sin dinero, sin precio. Esta, y sólo esta, es la garantía que todo pecador tiene para recibir a Jesucristo. Que Dios lo ofrece y dice: «Toma». ¡Oh, qué bendición! La salvación es invaluable. No hay nada que pudiéramos hacer para generarla, ni capacitarnos para ser dignos de recibirla. De hecho, la única razón por la que alguien puede recibir a Jesucristo es porque Dios nos lo ha ofrecido gratuitamente.

Bien, hay mucho más que decir. Pero, para terminar, aquí hay una razón para alabar al Señor, que, aunque nuestros pecados exigen justicia, Dios provee a Jesucristo. Y qué forma de escape es este, porque es Cristo quien paga de manera justa el castigo que nos corresponde por el pecado. Y sujetarse de Él es sujetarse a quien, en nuestro lugar, ya pagó la deuda. Qué bendecida forma de salvación es aferrarse a Cristo ofrecido gratuitamente en el evangelio. No hay otro camino. Si buscas otra vía, dentro de ti mismo, hacia otras cosas fuera de ti, aquí está la verdad de la Biblia. La única vía de escape es rechazar todo lo demás, y confiar en Jesucristo, tal como se nos ofrece gratuitamente en el evangelio.

Esto es algo que debes preguntarte: «¿Tengo esta fe?». No solo: «¿Sé lo que enseña la Biblia y estoy de acuerdo con ella?», sino: «¿Estoy confiando sólo en Jesús para salvación?». Y si tienes esta fe, puedes rastrearla hasta su origen. Tienes esta fe no sólo porque Dios te ofrece a Cristo, lo cual es una gran bendición, sino porque Dios te ha dado la gracia salvadora de la fe salvadora. Por lo tanto, alaba su nombre.

¿Y qué pasa si no la tienes? Pues bien, debes acudir a Dios y clamarle para que te enseñe a conocer el camino, para que obre en ti y puedas estar de acuerdo con ese camino, pero, sobre todo, para que te dé la fe para invocarlo. Así que no dejes ahora ni nunca de invocarlo, de buscarlo. Y al buscarlo, clama a Jesucristo y dile: «¡Sálvame!». ¡Qué bendición es conocer el camino! Y que Dios añada su bendición para que cada uno de nosotros siga ese camino, tal como Cristo se nos ofrece en el evangelio.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.